

La larga batalla de la Ñ

Marisa Regueiro

El pasado mes de octubre, en el solemne marco de la Real Academia Española, el gobierno español anunció a bombo y platillo que finalmente los dominios de Internet en español (.es) podrán incluir la ñ, así como otros caracteres propios de las restantes lenguas oficiales de España, como la ç, y ciertos signos de acentuación. Aunque la efectividad de la medida está por verse dadas las diferencias de los teclados de otros países no hispanos, nos invita a reflexionar sobre el destino de la letra ñ, que ha sufrido por su peculiaridad más de un altibajo y no pocos intentos de postergación.

En esta lucha no han faltado las voces que han salido en su defensa, como las muy autorizadas de Gregorio Salvador o de su recordado discípulo Juan Ramón Lodares, o del Nobel Gabriel García Márquez. La batalla de la ñ ha contado incluso con episodios un tanto quijotescos, como la campaña de los años noventa, cuando le salieron los más variados paladines ante el ataque procedente ni más ni menos que de una medida un tanto irresponsable de la Unión Europea. La eñe es una letra controvertida, porque en varias ocasiones fue el centro de una especie de guerra alfabética; pero también emblemática, porque es la aportación de España al alfabeto latino, como se reconoce, por ejemplo, en el logo institucional del Instituto Cervantes como signo inequívoco de identidad en relación con sus objetivos de difusión del español en el mundo.

El origen de la peculiaridad

La eñe de *España* existe como signo gráfico propio en nuestra lengua mucho antes de las primeras muestras impresas, desde su confirmación en la ortografía alfonsí. Representa el sonido palatal nasal /ɲ/, que procede de la evolución por influjo de la yod: la

*la identidad de nuestra eñe
se ha extendido además a otras
lenguas, a las que les dio
alfabeto y tenían una
consonante nasal palatal
en su sistema fonológico*

«e» y la «i» breves latinas, átonas, se convirtieron en semiconsonantes, con lo que originaron multitud de alteraciones fonéticas y constituyeron la yod. Como nos explica Rafael Lapesa:

«La yod, fundiéndose con la consonante que precedía, la palatalizó: muliere > mulier, ... vinia > viña. Así nacieron los fonemas palatales representados con ll y ñ en nuestra ortografía actual, desconocidos en el latín clásico y característicos de las lenguas románicas»¹.

En tierras cristianas hay desde el siglo X grafías indicadoras de esta pala-

lización. También participaron los arabismos en la palatalización de *ll* y *nn* geminadas: *annil* > *añil*, *albana* > *albañil*.

El sonido palatal nasal y la eñe son creaciones propias de las lenguas romances, ya que no existían ni en griego ni en latín: sólo se contaba con la N, que se reforzó con la I, la Y, la G, o con otra N para la representación del mencionado fonema. En la Edad Media, la evolución de los grupos *gn*, *nn*, o *ni* representaron a la nasal palatal, y estas grafías compitieron y se alternaron en el ámbito románico con *in*, *yn*, *ny*, *nj*, *ng*, *nig*, *ign*. El castellano prefirió *nn*, pero como los copistas solían hacer menos ardua su tarea con distintas abreviaturas, entre ellas, la *virgulilla* que representaba el sonido nasal y que situaban sobre la letra precedente, las formas duplicadas *nn* se simplificaron mediante el signo nuevo «ñ». Una solución sumamente eficaz en un único signo grafemático para un único fonema. Por letra perfectamente diferenciada la tuvo ya el propio Nebrija, cuando decía: «*Hazemos le injuria en no la poner en orden con las otras letras del a b c*».

A diferencia del español, que desde su proceso formativo en el período romance siempre dio muestras de originalidad en sus soluciones evolutivas, otras lenguas mantienen los dígrafos medievales para la representación gráfica del mismo sonido palatal nasal /ɲ/. La tendencia ortográfica

¹ R. LAPESA, *Historia de la lengua española*, Madrid, 1983, Gredos, p. 79.

La larga batalla de la Ñ

arcaizante del francés o del italiano lo representa aún hoy con *gn* (*mignón*), el portugués lo hace con *nh* (*Minho*) y el catalán con *ny* (*any*, «año»). La identidad de nuestra *eñe* se ha extendido además a otras lenguas, a las que les dio alfabeto y tenían una consonante nasal palatal en su sistema fonológico: al gallego, que en la actualidad escribe *ñ* después de representarlo como *nn*, *ni*, *nh* y *gn*; al euskera —*in* ha precedido a la *ñ*—, y al guaraní, al quechua, al aymara, al araucano, al zapoteco, al tagalo, entre otras.

La razón técnica ataca a la ñ

La lucha por el respeto a la *ñ* tuvo una batalla decisiva cuando el 8 de mayo de 1991 se supo que la Unión Europea había impulsado el proyecto de varios fabricantes de ordenadores que pretendían comercializar teclados sin *eñe*, teclados bastante más generales todavía en la actualidad de lo que desearíamos. La demanda de la UE se amparaba en el principio de libre circulación de mercancías para facilitar a las empresas interesadas la comercialización: veían en la reglamentación española vigente desde 1986, y que impedía comercializar teclados que no tuvieran todas las características del sistema gráfico del español, una medida proteccionista. Ante el atropello comunitario, salieron en defensa de la letra más española voces de todos los confines de la

hispanidad, lo que motivó situaciones un tanto esperpénticas, como nos relata con humor G. Salvador:

«... una humilde letra de nuestro abecedario, la eñe, se alzó a los titulares de primera plana, se convirtió en tema preferente de las tertulias radiofónicas, mostró su imagen en la televisión, aguzó el ingenio de los dibujantes, resolvió la papeleta cotidiana de no pocos columnistas y puso a todo el mundo a trajinar con el diccionario, a hacer juegos de palabras y a descubrir, por vía lúdica, la diferencia fonológica entre una nasal palatal, que esa es la eñe, y una nasal alveolar, que tal es la ene»².

El Ministerio de Cultura solicitó entonces a la Real Academia Española, como «la más alta institución en materias relativas a nuestro idioma», un

*la eñe no es sólo un signo
independiente e indivisible,
sino que, para todo el mundo
hispanico, es además
una letra irrenunciable*

dictamen razonado acerca de si la letra *eñe* era una letra en sí misma o una *ene* a la que se pone una tilde. La petición respondía a otra similar que

² G. SALVADOR y J. R. LODARES, *Historia de las letras*, Madrid, 1996, Espasa, p. 147.

había dirigido al Ministerio la Dirección General de Política Tecnológica del Ministerio de Industria. En su informe, la RAE aseguró que la desaparición de la ñ de los teclados representaría «un atentado grave contra la lengua oficial», porque «la eñe no es sólo un signo independiente e indivisible, sino que, para todo el mundo hispánico, es además una letra irrenunciable».

También se argumentaba que, mientras la UE abogaba por su desaparición, la eñe se había incorporado ya al inglés para poder escribir con precisión los préstamos hispanos, del mis-

*la eñe no es una antigualla
arqueológica, sino todo lo
contrario, un salto cultural de
una lengua romance que dejó
atrás a las otras al expresar
con una sola letra un sonido
que en otras lenguas sigue
expresándose con dos*

mo modo que el español aceptó hace tiempo la W con similar propósito. En la *Enciclopedia Británica*, por ejemplo y sin polémica ninguna, *La Coruña*, *Núñez* o *Ibáñez* llevan la eñe hispánica.

A la reacción académica se sumaron otras más sonoras en los medios de comunicación, como la del Nobel Gabriel García Márquez, que afirmó

muy acertadamente: «Es escandaloso que la Comunidad Europea se haya atrevido a proponer a España la eliminación de la eñe, sólo por razones de comodidad comercial». Y añadió con igual pasión: «Los autores de semejante abuso y de tanta arrogancia deberían saber que la eñe no es una antigualla arqueológica, sino todo lo contrario, un salto cultural de una lengua romance que dejó atrás a las otras al expresar con una sola letra un sonido que en otras lenguas sigue expresándose con dos». Mario Vargas Llosa se ofreció a encabezar una manifestación en defensa de la eñe, y hasta un editorial de la prensa madrileña declaraba, en tono reivindicativo, desde su titular que *España se escribe con eñe*.

También en el ámbito hispanoamericano, tan celoso y orgulloso siempre de su patrimonio común, el español que une multiplicidad de culturas y sensibilidades, se alzaron manifiestos y proclamas encendidas. Circula aún por los ciberterritorios de Internet una ingeniosa pieza breve de la escritora argentina María Elena Walsh que llamaba al combate con el título *La ñ también es gente*:

«¡Señoras, señores, compañeros, amados niños! ¡No nos dejemos arrebatar la eñe! Ya nos han birlado los signos de apertura de interrogación y admiración. Ya nos redujeron hasta la apócope. (...) Y como éramos pocos, la abuelita informática ha parido un monstruoso # en lugar de la eñe con su gracioso peluquín, el ~. ¿Quiéren decirme qué haremos con nuestros sueños?».

La larga batalla de la Ñ

La propuesta, que sumó múltiples adhesiones, se cerraba con una reivindicación:

«(...) Sigamos siendo dueños de algo que nos pertenece, esa letra con caperuza, algo muy pequeño, pero menos ñoño de lo que parece (...) La supervivencia de esta letra nos atañe, sin distinción de sexos, credos ni programas de software (...) Luchemos para no añadir más leña a la hoguera donde se debate nuestro discriminado signo».

Esta batalla fue decisiva, y la ganó la eñe. El 30 de mayo de 1991 la Comisión de Cultura del Consejo de Europa reconoció públicamente a la eñe como una letra emblemática en la escritura del español, lo que dejó sin efecto la propuesta comunitaria sobre los teclados. Finalmente, para consolidar la protección de la letra el gobierno español respondió en 1993 con una ley que se acoge al Tratado de Maastricht, que admite excepciones de carácter cultural; con lo que *salva* definitivamente a la eñe de riesgos o de ataques como el ya sufrido. El intento de negación de la eñe por los burócratas europeos tuvo un efecto muy beneficioso: despertó el orgullo patriótico, que parecía dormido en otros muchos sentidos.

El riesgo de la demagogia

Los ataques que ha sufrido la eñe han tenido el aspecto del reconocimiento

hispanohablante de una comunidad celosa de su patrimonio cultural. Pero también un riesgo: el de la manipulación política. El anuncio de su entrada triunfal en los teclados y en Internet, sin embargo, no debe asociarse a los logros del gobierno ni mucho menos, ya que la medida supone

microsoft no está relacionado con la gestión de direcciones, ya que esta función corresponde a la Corporación de Internet para la Asignación de Nombres y Números

sencillamente el reconocimiento de la evidente difusión y fortaleza cultural del español en el mundo. La demagogia no tiene cabida.

El pasado año, Carmen Calvo, por entonces Ministra de Cultura, dijo ante los asistentes al Congreso de Editores Iberoamericanos celebrado en Madrid que, aprovechando el viaje de Bill Gates a España para recoger el Premio Príncipe de Asturias, le pediría «*el dominio de la Ñ en la red*», porque «*no podemos perder el dominio de la Ñ, que casualmente es la letra que está en la palabra español*».

Tal afirmación, de voluntad manifiestamente demagógica, revela un profundo desconocimiento del tema. *Mi-*

crosoft no está relacionado con la gestión de direcciones, ya que esta función corresponde a la Corporación de Internet para la Asignación de Nombres y Números (*Internet Corporation for Assigned Names and Numbers*, ICANN), un organismo independiente con sede en Estados Unidos y del que Bill Gates no es propietario. En España es *Red.es* la entidad adscrita al Ministerio de Industria, Turismo y Comercio quien tiene asignada la au-

*los hispanohablantes la
consideramos, más que a
ninguna otra letra, propia,
signo de identidad
irrenunciable, marca
diferencial respecto de otras
lenguas y culturas y factor
de unidad simbólica*

toridad para el registro de dominios, y que acaba de informar a los 62 Agentes Registradores Acreditados sobre la instrucción que permitirá nombres de webs con los caracteres «á», «à», «é», «è», «í», «ì», «ó», «ò», «ú», «ü», «ñ», «Ç» y «l.l».

Según anunció el gobierno, el registro de estos caracteres se pondrá en funcionamiento de forma escalonada: en la primera fase, hasta el 30 de

octubre a las 18 horas (16.00 GMT), sólo pudieron solicitar la versión multilingüe los titulares de nombres de dominio registrados antes del 1 de junio de 2007. La segunda fase, a partir del 30 de octubre, permitirá la solicitud de nombres multilingües a todos los usuarios que así lo pidan. Una vez que haya pasado el plazo de solicitud de los titulares con preferencia, se abrirá el registro de dominios multilingües, cuya asignación se decidirá por orden de llegada de la solicitud y en función de los que queden libres.

Aún nada se sabe de la subasta pública que, según se anunció en la RAE, sería retransmitida en directo a través de Internet para aquellos casos de coincidencia de prioridad de asignación; ni tampoco ha cumplido su trámite en el Parlamento la Ley de Medidas de Impulso de la Sociedad de la Información.

En realidad, la medida, presentada como «*el cumplimiento de la promesa hecha por el Presidente de Gobierno para todas las lenguas de España*», llega con retraso, puesto que la eñe ya es utilizable en los dominios *.com* y en los *.cl* (Chile), en este último caso desde septiembre de 2005. De los anuncios a los hechos siempre hay una gran distancia: demasiados sistemas informáticos institucionales nos devuelven todavía extraños signos en la pantalla cuando deseamos escribir *maña*, *niño*, *pañó* o *España*.

La presencia de la eñe está asegurada

No por estos gestos políticos ni por otros muchos actos de valiente defensa, incluidos los que hicieron recapacitar a la burocracia europea y la obligaron a retirar su propuesta, se ha mantenido y se mantendrá la *eñe*. No se debe tampoco a la frecuencia de su uso —se le supone el 0,36% de frecuencia relativa, frente al 13,00% de la *a*—, sino a su fuerza simbólica, de identidad incontestable. Su presencia en el sistema ortográfico español se proyecta en el marco de la formidable expansión de nuestra lengua en el mundo. Los hispanohablantes la consideramos, más que a ninguna otra letra, propia, signo de identidad irrenunciable, marca diferencial respecto de otras lenguas y culturas y factor de unidad simbólica entre los hermanos de idioma. *Mi patria es mi lengua*, decía Sábato, y en esa patria nos sentimos todos unidos alrededor de una letra que nos identifica más que ningún otro signo común.

Se reconoce este carácter emblemático en los medios de comunicación, por ejemplo: en una reciente edición sobre la influencia de la cultura latina en Estados Unidos, el semanario norteamericano *Newsweek* consagró su portada a la que denominó, ni más ni menos, la *generación Ñ*; una casa discográfica edita todos los años un recopilatorio de música en español titulado «Ñ»; desde hace

unos años, el diario argentino *Clarín* publica un suplemento cultural denominado «Eñe». Y no deja de ser curioso que los internautas confíen en la seguridad informática que les brinda la *eñe* para defenderse frente

*según recientes estudios,
precisamente por su sistema
alfabético, con su ortografía
coherente, de la que la eñe
es la mejor muestra, el español
es una de las lenguas que
pueden ser más fácilmente
reconocidas y correctamente
interpretadas por las máquinas*

a los *crakers* que intentan adivinar contraseñas, porque los programas *rompe-claves* están diseñados de forma que no tienen en cuenta —al menos por ahora— la *eñe* minúscula.

El destino de la *eñe* no depende de medidas políticas más o menos espectaculares, sino de la situación real del español en el mundo, infinitamente mejor valorado por su propia expansión, por su cohesión interna y geográfica, y por su acervo cultural, histórico y actual, que en ciertas regiones de la península. Al respecto, conviene situarse en la verdadera dimensión de la *universalidad* de nues-

tra lengua, que está en última instancia en la base de las medidas de apoyo a la presencia de la eñe en Internet, y que expresa con claridad meridiana G. Salvador:

«Nos estamos acercando a los cuatrocientos millones de personas que tienen, en el ancho mundo, el español como lengua materna, y esa cifra ya se ha superado ampliamente si añadimos las que lo tienen como segunda lengua o lengua adquirida. En cualquier caso es la primera lengua del mundo en número de hablantes maternos. La prolongación americana de la lengua española le ha dado a ésta su verdadera dimensión, la ha convertido en una de las cuatro lenguas mayores, las que superan los trescientos millones de hablantes, y por su extensión geográfica y su carácter plurinacional, ha llegado a ser, tras el inglés, la segunda lengua de relación en nuestra época, la segunda, por tanto, en demanda de aprendizaje, y acaso sea esto lo que quiera expresarse cuando se habla

de la universalidad del español, porque la evidencia de esas circunstancias fue la que la llevó a convertirse en uno de los cinco idiomas oficiales de la ONU, desde su fundación en 1954, juntamente con el inglés, el francés, el ruso y el chino»³.

Esta universalidad también tiene razones internas, del sistema ortográfico, como la corporeidad fonética de sus palabras y su casi estricta correspondencia con la corporeidad gráfica, en la que está presente nuestra querida eñe. Es más, según recientes estudios, precisamente por su sistema alfabético, con su ortografía coherente de la que la eñe es la mejor muestra, el español es una de las lenguas que pueden ser más fácilmente reconocidas y correctamente interpretadas por las máquinas. La lengua instrumental de la informática, con la eñe incluida, puede acabar siendo el español. ■

³ G. SALVADOR, Suplemento «El Cultural» de *El Mundo*, Madrid, 18 de abril de 2001.